

La mujer griega del Bósforo: su imagen visual y papel social a la luz de la epigrafía antigua*

Victoria KOZLÓVSKAIA

Profesora de Investigación. Departamento de Historia Antigua
Instituto de Historia Mundial de la Academia de Ciencias de Rusia. Moscú

RESUMEN

La mujer del estado helenístico de Bósforo era considerada por su sociedad como buena hija de sus padres, respetada esposa y honrada madre de su prole. Siendo libre, poseía derechos humanos y socio-económicos y de su estado civil dependía la ciudadanía de sus hijos. Las aristócratas participaban con el rango de sacerdotisas en el culto de distintas divinidades femeninas locales e incluso tuvieron el derecho de gobernar el estado. La historia de Bósforo conoce el reinado de Dinamia y Pifodoria, que en su política —a pesar de una presión seria de los romanos de la época de César y Augusto— lograron conservar la autonomía del estado y demostrar la lealtad a los principios y normas helenísticos e iraníes de los monarcas anteriores.

Palabras clave: género, Bósforo, Dinamia, Pifodoria.

ABSTRACT

In the society of the Bosphorus state, a woman was considered to be and treated as a good daughter to her parents, a respectable wife, and an honest mother to her children. Since she was free, she possessed human and socioeconomic rights. Her children's citizenship depended on her marital status. Aristocratic women had the rank of priestesses in the cult of different local female deities they even had a right to govern the state. The history of the Bosphorus has known the reigns of Dinamia and Pifodoria, whose policy allowed them to maintain the state's autonomy, despite the Romans' great pressure in the times of Caesar and Augustus, and to prove their loyalty to those Hellenistic and Iranian principles and rules set by the preceding monarchs.

Key words: gender, Bosphorus, Dinamia, Pifodoria.

* Desearía expresar todo mi agradecimiento a la profesora Dra. Dña. Pilar Amador Carretero, de la Universidad Carlos III de Madrid, por haberme invitado a colaborar en la investigación acerca de la Imagen de la Mujer en distintas sociedades y épocas históricas. Asimismo deseo dejar constancia de mi gratitud a mi colega la Dra. Luz Neira Jiménez, Profesora de Historia Antigua en la Universidad Carlos III de Madrid, quien siempre ha estado dispuesta a mostrarme su ayuda.

Las excavaciones arqueológicas en el territorio antiguo del Bósforo, poderoso estado de la costa nororiental del mar Negro formado en el siglo V a.C. por las póleis griegas pónicas y gobernado desde Panticapea (Kerch, Crimea), vienen sacando a la luz numerosos objetos de distinto género e importancia para la reconstrucción de la imagen visual de la mujer así como para la investigación del papel social que la comunidad civil de las póleis griegas que formaban parte del reino le otorgaba, por un lado, y que procuraba desempeñar ella misma, por otro. A las fuentes más informativas y elocuentes, que poseemos, pertenecen la escultura y ofrendas femeninas, y, también, estelas, relieves e inscripciones de carácter funerario. Hoy en día se han hallado ya más de 400 estelas funerarias erigidas en distintas necrópolis de Panticapea, Fanagoria, Ninfea, Gorguipia, Cepas y muchas otras póleis griegas bosforeñas pertenecientes a la época de esplendor del Bósforo y de su cultura (siglos II-I a.C.)¹. Contienen diversa información sobre el aspecto físico de la mujer griega local, su vestimenta y adornos, el mundo de sus emociones y sentimientos, su nivel económico y social o el tipo de relaciones que solía mantener con ella la parte masculina de la sociedad (por ejemplo, los familiares que dedicaban a las mujeres estelas e inscripciones funerarias, arquitectos y escultores que al cumplir el encargo de los parientes de las fallecidas procuraban expresar también su propio modo de percibir a la mujer; poetas que componían versos y epitafios en honor de las difuntas, magistrados urbanos, como los que determinaban el lugar de entierro y cuidaban del orden en las necrópolis, etc.).

Sobre la base de la escultura podemos decir que por su aspecto físico la griega bosforeña se caracterizaba por una cara ovalada, pómulos planos, ojos profundamente hundidos. Era robusta y, normalmente, de estatura baja². Estas peculiaridades eran típicas de la mujer griega oriunda de Asia Menor que, como es sabido, desde las épocas remotas era un auténtico hervidero demográfico y etnocultural, en el cual se entremezclaron muy profundamente lo jonio griego, por un lado, y lo próximo oriental e iranio, por otro. También hay que tener en cuenta un considerable impacto étnico introducido por los escitas y sármatas, descendientes de los antiguos iraníes anatólicos³. Fruto de estos intercambios e influencias mutuas fue el surgimiento de los griegos pónicos, bien barbarizados y matizados por lo oriental y sármata-escita.

Sin embargo la conciencia individual y también la común de esta gente mantenía, incluso en las épocas tardías, el modo griego helenístico de organizar —en forma de pólis— su vida pública y de seguir las esenciales tradiciones cotidianas de

¹ Sobre la historia y cultura de las póleis griegas del Bósforo, véase en particular: Gaidukévich V.F. *El reino de Bósforo*. Moscú-Leningrado 1949 (en ruso); Vinográfov Yu.G. Polis griega en el Norte del mar Negro / *Grecia antigua*. (Golubtzova E.S.- ed.). Vol. I. Moscú 1985, pp. 366-420 (en ruso), etc.

² Véase los pormenores en: Niemeyer N.-D. "Archaic Greeks in the Orient: textual and archaeological evidence", *Bull. of the Amer. School of Oriental research*. Philadelphia 2001. n.º 322, pp. 11-32; Yailénko V.P. "Mujeres, Afrodita y sacerdotisa de Espartoquides a la luz de las inscripciones bosforeñas", en *Mujer en el mundo antiguo* (Marinovich L.P., Saprikin S.Yu.-eds.), Moscú 1998, p. 204 (en ruso); Máslennikov A.A. "Un témenos rural de la Crimea oriental", *VDI* 4, 1997, p. 152 ss. (en ruso).

³ En la reciente historiografía rusa esta idea se desarrolla en: Saprikin S.Yu. *Reino de Ponto*, Moscú 1999 (en ruso).

sus antepasados directos, los griegos minorasiáticos. Es un rasgo muy expresivo y va a parecer mucho más espectacular todavía, si nos acordemos de que desde la fundación de las más arcaicas colonias griegas y hasta la época que nos interesa a nosotros pasaron unos 500 años y que durante este período tan prorrogado nacieron y se formaron varias generaciones de familias mixtas y muchas póleis griegas bosforeñas se quedaron bajo el protectorado de los Romanos que, como es bien sabido, con su mano fuerte solían imponer sus intereses⁴.

El mejor testimonio de nuestras observaciones es el idioma que, incluso en el siglo I d.C., seguía siendo el griego minorasiático, con pocos neologismos y barbarismos. Por ejemplo, el onomasticón griego bosforeño que hoy en día cuenta con más de 200 nombres masculinos y femeninos⁵, es propiamente helenístico e incluye nombres femeninos tales como Demeter (CIB. 14, 175), Athena (CIB. 155), Hestia (CIB.21), Hipocrata (CIB. 180), etc; según la costumbre griega, muchos apelativos femeninos provienen de sus análogos masculinos (Posidonia) o se identifican con las virtudes más apreciadas (por ejemplo, Areté; véase: CIB. 357). De unos 400 epitafios dedicadas a las bosforeñas con las que cuenta la historiografía rusa de hoy⁶ he encontrado un porcentaje mínimo de nombres femeninos de procedencia no-griega. Tenemos muy pocos casos del uso de neologismos y es preciso notar que normalmente están formados según las reglas griegas de composición de las palabras (por ejemplo: Nicaia⁷, Nicopolide – CIB. 116). El neologismo apelativo más elocuente es el nombre de Kleoprata que aparece en la inscripción siguiente: “Kleoprata, esposa de Gaio, saluda a los que pasan por su tumba”, y procede de dos vocablos típicamente griegos⁸. Es poco verosímil que el artesano, que había tallado dicha inscripción, cometiese un error al escribir Kleoprata en vez de Kleopatra. Tampoco podemos hablar de la penetración de este apelativo egipcio en el onomasticón local por medio de una ley lingüística que se llama metatésis, porque el nombre de Kleopatra era uno de los más conocidos y usados en el mundo mediterráneo antiguo de la época helenística y sólo competía con nombres próximo-orientales tales como, por ejemplo, Astarté. A propósito de lo dicho, el neologismo pónico más extendido de Astarté es Astara y está formado mediante la asimilación, una de las leyes muy usadas en la paleolingüística comparativa indoeuropea.

En las familias de la nobleza local en ciertas ocasiones se daba preferencia al onomasticón iranio, escita o sármata. El ejemplo más elocuente es el nombre de Dinamia, hija del rey bosforeño Farnaco II (vencido por César, acuérdesse de las

⁴ Sobre el papel de los romanos en el mar Negro véase: Saprikin S.Yu. *Op. cit.* (nota 3), *passim*.

⁵ Yailénko V.P. *Op. cit.* (nota 2), p. 206. El pionero de la publicación de las inscripciones griegas del Bósforo es V.V. Látišev. Véase: Látišev V.V. *Antigüedades de la Rusia meridional. Inscripciones griegas y latinas*. San-Petersburgo 1892 (Vol. I); 1899 (Vol. II) (en ruso); Idem. *Corpus de las inscripciones bosforeñas* (más adelante - CIB). San Petersburgo 1965 (2ª ed) (en ruso).

⁶ Véase los detalles en: Yailénko V.P. *Op. cit.* (nota 2), pp. 206-207; Ezhova E.V. “Mujer bosforeña: su estado familiar”, *Actas de los estudios en honor del Prof. N. P. Sokolov*. Nizhni Nóvgorod 2002, p. 25 (en ruso).

⁷ El análisis etimológico de este apelativo véase en: Yailénko V.P. *Op. cit.* (nota 2), p. 217.

⁸ Los pormenores véase en: Yailénko V.P. *Op. cit.* (nota 2), pp. 218-219; Idem. “Publicación preliminar de una inscripción de Panticapea y su primer comentario”, *Inscripciones e idiomas de Asia Menor, Chipre y el Norte del mar Negro antiguo*. Moscú 1987, p.19 ss. (en ruso).

palabras de éste: “*Veni, vidi, vici*” – Plut., *Caes.*, L) y nieta del mismo Mitrídates VI Eupator, eterno adversario de los romanos. Los motivos ideológicos e incluso propagandísticos del intento de seguir la paradigma irania parecen ser evidentes.

En cuanto a las mujeres humildes y también a las libertinas, sus patronos solían llamarlas a la manera griega helenística: Erotida (*CIB.* 407), Sábion (*CIB.* 407), Pasafilicata (*CIB.* 807) etc. El nombre del padre en estas ocasiones está ausente lo que se relaciona perfectamente con las tradiciones griegas, por un lado, y las antiguas orientales, por otro. Hay estelas dedicadas a las esclavas que nacidas en el seno de cualquier familia griega bosforeña, educadas y manumitidas por ella y que, sin embargo, son anónimas. Así, en una manumisión de una esclava grabada sobre una losa de mármol blanco (siglo I a.C., Gorguipia), se dice que un tal Pofo, hijo de Estrabón, dedicó una capilla local a una de sus muchachas recién libradas. Pofo quiere que permanezca allí, a salvo y bien tratada, bajo los auspicios de Zeus, Gea y Gélios (*CIB.* 1123). Los romanos, como es sabido, cambiaron esta regla, puesto que después de otorgar la manumisión, solían darles a sus libertinos el nombre del patrono (acuérdesse del ejemplo antológico de la manumisión realizada en los años 80 a.C. por Lucio Cornelio Sulla, cuando sus 10.000 esclavos obtuvieron en un solo día la libertad y desde aquel entonces empezaron a llamarse Cornelios).

Del atuendo de las griegas bosforeñas podemos hacernos cierta idea a base de la escultura, cerámica pintada y, ante todo, gracias a los relieves funerarios. Salta a la vista el empeño de seguir las principales tendencias de la moda helenística. Las señoras solían salir a la calle bien arregladas, llevaban puesto un quitón largo y un himátion, amplio, de muchos pliegues y adornado con fíbulas; la cabeza estaba cubierta con un sombrero de alas anchas con la parte superior hecha en forma de capirote. Si la mujer bosforeña participaba en una ceremonia solemne y de carácter religioso, la vemos en un cálathos y envuelta en un manto plegado y ricamente bordado (véase, por ejemplo, el relieve de la estela de: *CIB.* 266). Se preferían las telas de seda y de lana producidas en Mileto, metrópolis de muchas póleis griegas pónicas⁹, que eran bien conocidas de todas las élites mediterráneas, igual que, por ejemplo, el lino egipcio y la seda aramea.

Las sacerdotisas procuraban imitar el ajuar de las divinidades cuyo culto solían rendir con lo que así se sabía su orientación religiosa. Desde este punto de vista no nos sorprende el hecho de que cuando se trata, por ejemplo, del rito de Ártemis Efesia, sus servidoras llevaban puesto un vestido muy ajustado y de mangas largas, que cubría los tobillos y estaba lujosamente bordado. Las sacerdotisas copiaban incluso el color guinda del vestido de la Gran Diosa de Éfeso, que por su tono recordaba el fruto de granado, uno de los símbolos preferidos de ella. El elemento decorativo más empleado era un cuadrado, que en la simbología esotérica minorasiática, como en la bosforeña, se usaba para delimitar algún espacio sagrado que, en nuestro caso concreto, se asocia perfectamente con el santuario de Artemis donde se le rendía culto.

⁹ Tzvetáeva G.A. “El hogar familiar y la vida privada de los griegos”, *Civilización antigua* (V.D. Blavatski ed.), Moscú 1973, p. 109 ss. (en ruso).

Hay ocasiones en que la mujer, en vez de cubrirse la cabeza con un sombrero, usaba un gorro del tipo iranio-escita ornamentado según la moda irania con estrellas bordadas con hilos de oro sobre un cuero fino y pintado de color azul oscuro. El simbolismo está bien claro: el gorro en forma de una cúpula y de color azul significa el Cielo nocturno y estrellado, es decir se trata no sólo de una esfera celestial, sino de una personificación del mismo Dueño de la esfera, del Dios Superior y Omnipotente. El ornamento del gorro de Dinamia era mucho más facundo todavía: contenía las estrellas de distinto tamaño que por su disposición reproducían simbólicamente la Vía Láctea, encarnación emblemática de la Diosa Superior, benefactora del poder monárquico de los reyes de los antiguos iranios y arios. Parece importante mencionar que este tipo de aderezo del gorro de la reina se refiere a la época de las guerras independentistas que el Bósforo mantenía contra Roma en el siglo I a.C. En aquel tiempo la reina Dinamia, su propaganda y también el arte oficial hacían todo lo posible para demostrar su desdén a los adversarios de la autonomía de su sociedad y estado, por un lado, y su fidelidad a las raíces iranianas y helenísticas, por otro. Con los detalles arriba indicados Dinamia mostraba también el deseo de entusiasmar a sus partidarios señalándoles que les apoyaba la misma Diosa Suprema que, junto a su esposo divino, patronaba y protegía todo el Universo y, consecutivamente, a sus súbditos más fieles, abnegados e intrépidos.

Transcurridos unos treinta años, la situación se cambió bruscamente. Antonia Trefena, reina póntica de aquel entonces, lleva el título con orgullo y lealtad de princesa del Ponto, concedido por los romanos y demuestra un enorme interés por la moda romana. Gracias a una de sus imágenes monetales sabemos que en el atuendo diplomático y el maquillaje le servía de modelo más anhelante la esposa del emperador Augusto, Livia, de la que imita incluso su manera de peinar. Mientras tanto, en la época de Dinamia sus coetáneas solían dar preferencia a un pelo largo y ondulado, recogido con gran elegancia en un moño suntuoso y adornado con alfileres y horquillas hechas de plata u oro. Las chicas jóvenes recurrían a una cabellera vaporosa siguiendo las tendencias actuales de la moda griega helenística. A inicios del siglo I d.C. se produce un trastorno profundo de estas tradiciones: ya no se recuerda ni la moda irania orientalizante, ni las costumbres helenísticas. En las ocasiones festivas y solemnes se lleva una peluca “a la romana” y cotidianamente se prefiere el pelo bien rizado y cubierto con una cinta atada por la parte de detrás de la cabeza.

La mujer griega bosforeña pertenecía a una sociedad jerarquizada y patriarcal. Poseemos distintos datos epigráficos que testifican este aspecto del tema que estamos desarrollando.

Las fuentes epigráficas permiten concluir que en el Bósforo había cuatro categorías sociales las mujeres. Por ejemplo, en las inscripciones funerarias, cuando se trata de las representantes de las capas superiores de las póleis pónticas griegas, se usa una de las formulas siguientes: “una tal, hija de ...”(CIB. 21, 972, 978, 1041, 1043 etc), “una tal, madre de...”(CIB.125), “una tal, esposa de ...”(CIB. 116,266,357, 1043 etc), “una tal, viuda de ...”(CIB. 116, 1021), “una tal, hermana de ...”(CIB.356), “una tal, suegra de ...”(CIB.280). El porcentaje de inscripciones de este tipo es muy considerable. Los nombres pertenecen normalmente al onomas-

ticón griego (Athena, Persefona, Demetria etc.); a veces son iranos locales: por ejemplo, Dinamia, que se menciona en 8 inscripciones¹⁰.

De ejemplo emblemático del tipo de relaciones que caracterizaban la familia bosforeña y del papel que en ella solía desempeñar la mujer, puede servir un episodio que nos dejó Apiano al explicar el intento del rey Farnaco II de organizar lo mejor posible el destino de su hija Dinamia (App. BC. II. 91). Al cumplirse ésta los 15 años, el padre ofreció su mano al mismo César que en aquel entonces estaba en el Bósforo. Como es sabido, el dictador romano la denegó y, entretanto, la misma Dinamia, como subraya Apiano, pronto aprendió toda la immoralidad de la política que llevaba a cabo su padre junto a toda su corte. Después de heredar el poder, la reina, joven aún, siguió el mismo rumbo y durante una veintena de años de su gobierno fue muy afortunada. Los romanos la consideraron su amiga (CIB. 978, 979), su estado económico era firme, su posición política muy estable. La reina incluso conservó su derecho a seguir acuñando la moneda de oro. Uno de los testimonios de la sólida reputación de Dinamia en su propio reino es la práctica de construir estatuas de mármol en su honor. Es sabido que fueron erigidas en todas las póleis griegas de Bósforo y que para su fabricación se importaba el mármol egeo de calidad suprema. El estilo de las inscripciones de las estatuas y estelas es excesivamente solemne y el vocabulario griego está bastante orientalizado. En ellas se enumeran todos los títulos que tenía Dinamia: hija de Gran Farnaco, nieta del Rey de los Reyes Mitridates VI Eupator, Salvadora y Benefactora de los griegos pónicos, amiga de los romanos.

Otro episodio similar está relacionado con la reina Pifodorida que casó a su hija Antonia, menor de edad, con Cotis I, longevo rey de Tracia (App. BC. IV. 75). Como vemos, según la mentalidad de la corte real y de la nobleza superior, la felicidad femenina equivalía a uno de los instrumentos más seguros de realizar cualquier programa político. Por su parte, las mujeres al subir al peldaño superior de su carrera pública seguían el ejemplo de sus padres, abuelos, esposos y hermanos, negociando el bienestar de los familiares por sus propios objetivos tanto económicos y sociales, como políticos e ideológicos. En las monarquías helenísticas tardías y, particularmente en la bosforeña, esta tradición estaba bien arraigada y los contactos prorrogados y mutuos de estos gobiernos con el Imperio Romano fortalecieron todavía más esta antigua tradición oriental.

Para el estudio del estado de las mujeres que representaban otras capas de la sociedad bosforeña hay varias decenas de estelas funerarias de Panticapea, Fanagoria, Tanais y otras póleis griegas pónicas. Así, las fuentes epigráficas ofrecen indicaciones sobre el harén de los monarcas bosforeños del I siglo a.C. que contaba con muchas jóvenes griegas locales. Es sabido que para el mantenimiento del harén había equipos especiales que se componían normalmente de los bárbaros escitas y sármatas. Eran eunucos y estaban bien armados. Así pues, en la inscripción de una de las estelas funerarias (siglo I a.C., Panticapea), leemos: “Anfictio, jefe de los eunucos, adios” (CIB. 301). La estela está hecha de calcar y en su relieve está repre-

¹⁰ Yailénko V.P. *Op. cit.* (nota 2), p. 222.

sentado un hombre vestido a la manera escita helenizada (lleva puesto pantalones, amplios y largos y una especie de parca y está envuelto en un manto del tipo de himátion) y está armado de una lanza y espada.

A la segunda mitad del siglo I a.C. pertenece un rico monumento funerario de la necrópolis de Panticapea construido en forma de una gruta (*CIB.* 913). Es evidente que su arquitecto conocía bien el núcleo esotérico de la mitología cosmogónica local, en la cual la gruta y otros espacios aislados y retirados (cuevas, cavernas, fosas, etc) se trataban como entradas en el mundo subterráneo dirigido por Aidos (véase: Strab XI.2.10). Resulta que la gruta, ya en sí misma, era sagrada y tenía que estar protegida por el dios de los muertos. La tumba de que hablamos estaba dotada de una entrada arqueada y, dentro, de una fuente. Al lado de la fuente se localizaba una pirámide funeraria. En el epitafio, bien conservado, se elogia la naturaleza divina de una señora, Glicaria, griega por su nombre y origen, y se glorifica su predisposición irrepetible e inagotable de calmar la sed de todos los que recurran a su ayuda. No hay duda de que el monumento recién descrito fue erigido por encargo de un rico señor que no sólo cumplía bien su papel de cabeza de la familia, sino que estaba enamorado de su esposa prematuramente fallecida. Según el contexto del epígrafe se entiende que en su matrimonio Glicaria le servía de apoyo moral y que sabía llenar de ternura y encanto el corazón de su marido.

Otros monumentos funerarios no son tan grandiosos y admirables que él de Glicaria y, sin embargo, proporcionan muchos datos interesantes sobre nuestro tema. En primer lugar sería preciso hablar de una cantidad considerable de estelas construidas de mármol, que se transportaban al Ponto desde el Mediterráneo Oriental y se apreciaban mucho por los ricos griegos locales. Les costaba caro tanto el mismo material como el trabajo de los escultores y también de los poetas —autores de los epitafios funerarios (véase, por ejemplo, — *CIB.* 50).

En el relieve de una estela calcárea del siglo I a.C. de Panticapea está representada la comida funeraria de un matrimonio joven (*CIB.* 144). El hombre, según la tradición griega, se encuentra semitumbado sobre un lecho y su esposa permanece sentada en un sillón. Ambos están vestidos a la manera griega. Les sirven sus dos criadas y un criado. El esposo dedica a su cónyuge recién fallecida, Kleopatra, un epitafio que es de gran importancia para nosotros. En la inscripción se indica que Kleopatra es incomparable por su belleza y es la mejor patrona de la familia. Cilo, su marido, la llama Piérde, una de las Musas preferidas de los griegos helenísticos, jura que siempre va a estar enamorado de sus virtudes femeninas y alaba el ambiente familiar lleno de amor, cariño y preocupación por el bienestar de los hijos, que Kleopatra había creado en su casa.

Hay un grupo de estelas dedicadas por los padres a sus hijas prematuramente fallecidas. En un epitafio (siglo I a.C., Panticapea) compuesto en memoria eterna de Theophila por encargo de Hecateo —progenitor afligido de la muchacha— el poeta anónimo expresa el dolor del padre con las palabras siguientes: “Eres más linda que Persefone y por esa razón te ha secuestrado Aidos. Tu belleza engendra mucha envidia. Eres la décima Musa, Jarita” (*CIB.* 130). Este texto no sólo nos habla de la belleza y la honradez de Theophila sino, según parece, tenía que servir, en cierto grado, de consuelo al propio padre.

En el epígrafe de otra estela de la misma época (procedente de Panticapea) leemos: “Adios, Kleopatra; hija de Menisco y ciudadana de Amis. El sombrío Aidos te ha robado. Eres una Penelope bifinia por tu santidad y lindeza, que es brillante y espléndida. Aunque tu cuerpo virgen y tu imagen zalamera se hallan ya bajo la tierra, tu espíritu será immortal” (*CIB.* 144). No sabemos, el “por qué” el epitafio está dedicado a Kleopatra sólo por su padre. Puede ser que la madre falleciese antes que la hija puesto que —según la regla griega (y Kleopatra seguramente pertenece al mundo griego porque en el epígrafe está indicado que era ciudadana de Amis, polis minorasiática de origen y tradiciones griegas antiguas)— en el caso de permanecer viva la madre, su nombre también tendría que estar mencionado (comp.: *CIB.* 113, 265). De clave nos ha de servir el adjetivo “bifinia” relacionado en el texto con el apelativo de Penelope, imagen modelo de la mujer griega pónica. Con esta clave podemos descubrir el ámbito de una familia mixta por sus raíces, fundada por un hombre griego, ciudadano de Amis (según la tradición minorasiática, su hija heredó su ciudadanía) y una mujer oriunda de Bifinia. En Amis nació su hija, Kleopatra. Por razones desconocidas la familia se trasladó a Panticapea y donde llevó una vida acomodada hasta que sufrió una trágica desgracia, el fallecimiento de su hija joven. En el rito funerario el padre decidió seguir, en memoria de su esposa, la regla bifinia asiática.

Sin embargo no podemos excluir otra explicación que, a propósito de lo dicho, parece ser más convincente. Menisco perdió a su mujer antes de trasladarse a Panticapea y la enterró en Amis. Se quedó viudo y amaba con locura a su única hija que había heredado la imagen y naturaleza de su esposa fallecida. Al perderla, el desafortunado padre le consagra una estela funeraria con un epígrafe de mucho cariño y poesía. Si la madre de Kleopatra hubiera fallecido en Panticapea, Menisco, siguiendo el rito tradicional griego e, igualmente, el asiático bifinio, habría tenido que enterrarlas a ambas en una sola tumba, tal como lo hicieron, por ejemplo, Filetero y otros señores (véase: *CIB.* 116, 266, 319, 320, etc).

Según otro epitafio de la misma época (*CIB.* 144), nos enteramos de que Filetero —siendo un esposo joven— perdió en un corto plazo a su cónyuge y también a sus tres hijos. Les separó una Moire y el viudo deplora la pérdida de la familia y su propio destino. Nuestro comentario de dicha inscripción se relaciona perfectamente con el contenido de otros epígrafes dedicados a distintas mujeres, madres e hijas, por sus probos y honestos esposos y padres. Así, gracias a una de las inscripciones de este tipo, reconocemos que un fulano de tal (su nombre no se conservó en la epitafia), después de perder a la esposa, educó él mismo a sus cinco hijos comunes —cuatro varones y una hija pequeña. Cuando falleció ésta, el padre inconsolable “derramó sus esperanzas en el fuego y las redujo a ceniza” (*CIB.* 141). En el relieve de la estela funeraria que estamos estudiando vemos a una señora sentada en un sillón. Lleva puesto un quitón largo y un himátion, la cabeza está cubierta con un cálathos. A su lado están sus cinco hijos.

Las estelas que dedicaban las mujeres en recuerdo de sus esposos e hijos fallecidos eran normalmente más modestos: carecían de relieves antropomorfos, estaban decoradas solamente con rosetas y coronas de flores; a menudo se daba preferencia a las violetas, flor elegida por la misma Afrodita. El texto dedicatorio era breve y seguía una fórmula muy simple: “Una tal..., dedica a ...” (*CIB.* 125). Hay casos en

los que falta el patronímico de la dedicante, lo que quiere decir que no pertenecía a la comunidad civil de la pólis donde residía, aunque por su estado económico podía llevar una vida muy acomodada que le permitiera encargar una estela de mármol blanco, por ejemplo, a su hija fallecida (*CIB.* 19; cf. – *CIB.* 125).

Sin embargo la mayoría de las mujeres pónticas representaban las capas humildes de la población. Ese hecho se reconoce claramente en la modestia de un buen número de las estelas hechas de calcar y se refleja en las inscripciones funerarias que son muy lacónicas: “Selino, hija de un tal” (el nombre del padre no se ha conservado) (*CIB.* 223) o “Nicaso, esposa de Damone, hijo de ...” (*CIB.* 238; véase también – *CIB.* 158-167, 175-190, 314 etc). Sin embargo todas estas inscripciones están relacionadas con las mujeres libres, poseedoras de varios derechos civiles. Entre las pocas exclusiones mencionaremos las dedicatorias N.º 246 (“Mirsina, oriunda de Heráclea Pontica”), N.º 155 (Athenaida, oriunda de Quíos”) y N.º 875 (“Pasafilicata, flautista”), que manifiestan el estado dependiente de las mujeres fallecidas: eran libres en las póleis donde vivían y, no obstante, carecían de derechos civiles. Una de las personas recién mencionadas habitaba en Mirmequio (de allí procede su estela funeraria) y se ganaba la vida tocando la flauta. Es un indicio singular en su género porque normalmente los epitafios bosforeños no proporcionan información sobre la profesión de los fallecidos¹¹.

Hay otro número de inscripciones que nos permiten desarrollar el tema del estado jurídico de las mujeres griegas de Bósforo de los siglos I a.C. – I d.C. Algunas de ellas eran esclavas (*CIB.* 1123), otras se hallaban bajo la tutela o patronazgo de hombres de situación acomodada (*CIB.* 407, 701, 705). Así, un tal Pofo, hijo de Estrabón y oriundo de Gorguipia, dió la libertad a su joven criada por medio de una manumisión, que ya tuvimos ocasión de citar. El dueño indica que la consagra a una capilla de Zeus, Gea y Gélios para que nadie pudiese causarle ningún daño (*CIB.* 1123). En el relieve de otra estela calcárea de la misma época (*CIB.* 407) vemos representadas a las dos mujeres, vestidas de quitones y cubiertas de mantos que les tapan la cabeza. Parecen ser mujeres libres y de buena situación económica. El relieve está realizado según el modelo tradicional con la técnica que preferida por la gente de nivel económico estable. Ambas tienen nombres griegos, lo mismo que su patrono, que se llama Theofilisco. Pienso que se trata de dos chicas educadas por este hombre y —después de la muerte— sepultadas a cargo del mismo patrón. Vivieron en su casa, le cuidaban bien y éste, a su vez, les prestó el último apoyo en su viaje al mundo del más allá.

Tratemos ahora el problema de la vida pública de las mujeres de Bósforo. En primer lugar quiero mencionar que este reino, lo mismo que otras monarquías helenísticas, conoció varias épocas de gobierno de las mujeres. Tengo presente a Kamasaria, representante de la dinastía monárquica de Espartoquides del siglo II a.C., y también a Dinamia, hija de Farnaco II y nieta de Mitrídates VI Eupator (siglo I a.C.)¹².

¹¹ Látishev V.V. *Corpus de las inscripciones bosforeñas*. Comentario. San Petersburgo 1965, p. 481 (en ruso).

¹² Más detalladamente véase: Sapríkin S.Yu. *Reino de Ponto*. Moscú 1999 (en ruso); Kozlowskaia V.I. “Mujer Póntica en la Antigüedad”, en *Representación, Construcción e Interpretación de la Imagen Visual de La Mujer*. X Coloquio Internacional de la AEIHM. Madrid 2003, pp. 15-34.

Hay muchas notas epigráficas sobre la participación activa de las bosforeñas en la vida religiosa de sus póleis. Muchas de ellas eran sacerdotisas de distinto rango y tomaban parte en el culto de numerosas divinidades que en su mayoría eran femeninas y representaban el círculo de Gran Madre (*CIB.* 8, 14, 21, 74, 158, 175, etc). Esta tesis se testimonia con varias inscripciones de carácter dedicatorio, dirigidas a Afrodita Urania (*CIB.* 972), Persefone (*CIB.* 130), Artemida Efesia (*CIB.* 6a, 11), Demeter (6a, 8a, 14, 18), Cibele (*CIB.* 21), Jarites (*CIB.* 130) etc. Entre otras diosas a menudo se menciona Athena (por ejemplo, *CIB.* 155) y a ella remite uno de los nombres femeninos más empleados en el Bósforo: Athenea. Antes hemos citado a Moire, una de las divinidades justas y rigurosas que, como es sabido, determinaba el destino del hombre y controlaba su camino terrenal.

Por el respeto y la veneración el primer lugar lo ocupaba Afrodita Urania Apatura (véase, por ejemplo, *CIB.* 972). Muchas mujeres llevaban su nombre y de su determinativo “Apatura” procede incluso el apelativo masculino Apaturio (*CIB.* 11). La devoción de muchas griegas bosforeñas por el culto de Afrodita se manifiesta en una gran serie de relieves funerarios de los siglos IV a.C. – II d.C., cuya imagen principal es una señora madura, sentada en un sillón de alto respaldo y brazos en forma de esfinge (*CIB.* 1040)¹³. La majestuosidad de la señora es espectacular y divina. Las rosetas, talladas en la parte superior de los relieves con esta imagen, prueban una vez más nuestra suposición de que se trata de Afrodita. Es preciso añadir también que en Bósforo antiguo, así como en el Asia Menor griego, la esfinge se relacionaba tradicionalmente con esta misma diosa y con sus potencias ctónicas. La Dea se veneraba como Gran Madre y sus santuarios se repartían por distintas ciudades bosforeñas; por ejemplo, templos en Panticapea, Fanagoria, Ninfea, Gorguipia; jardines en Cepas (lo demuestra el uso del vocablo griego “Cepai”, que, como sabemos, significa “jardines”) y altares en muchas casas privadas.

En las regiones rurales, para rendir el culto de Afrodita, se erigían altares y se excavaban fosas donde se sepultaban los restos zoomorfos de su rito. La reciente arqueología rusa nos ofrece un ejemplo único y espectacular de la existencia de un santuario rural en la parte occidental de Bósforo. Estaba consagrado a Afrodita Urania; era de gran tamaño (contaba con unos 200 metros cuadrados de espacio) y se caracterizaba por una vida larga y permanente (siglos III a.C. - IV d.C.). En la parte central del santuario, donde se localizaban un altar redondo y dos altares-artesas, se han hallado numerosos restos del culto de Afrodita —terracotas, cerámica, conchas marinas etc. Es de notar que en el mismo santuario había una gran sala para rendir el culto de la pareja conyugal de Afrodita, cuya principal representación, tanto en Bósforo helenístico como en Asia Menor, era un jinete¹⁴.

Desde antaño existía una mitología especial que glorificaba el espectacular potencial creativo de Gran Madre. Estrabón nos dice que por sus funciones (amor cósmico universal, abundancia, fecundidad) estaba muy ligada con la Gran Diosa indígena (Strab XI.2.10). Esta nota del historiador y geógrafo antiguo no parecerá rara si recordamos la profundidad e intensidad de las relaciones que mantenían los

¹³ Véase los detalles en: Yailénko V.P. *Op. cit.* (nota 2), pp. 213-216.

¹⁴ Los detalles véase en: Máslennikov A.A. *Op. cit.* (nota 2), pp. 150-172.

griegos de Bósforo con sus metrópolis minorasiáticas, que, como es sabido, siempre se hallaban bajo la protección de esta diosa omnipotente. Es sabido que las mismas reinas bosforeñas (por ejemplo, Pifodorida, Antonia Trefena) solían participar en las ceremonias religiosas que se organizaban en honor de esta divinidad a la que sacrificaban estelas, altares y otros monumentos de mármol y de lujoso adorno (*CIB.* 978; *IGR.* IV.144). El culto de esta diosa de carácter orgiástico, atraía a todo el mundo femenino y llenaba de exaltación y frenesí el espíritu de las mujeres, señoras adultas y ancianas, chicas y jóvenes. En los santuarios de Afrodita estaba desarrollada la prostitución sagrada y puede ser que precisamente con este objetivo un tal Pofo consagra a la diosa una de sus criadas.

Las mujeres humildes eran mucho más moderadas y discretas en sus donativos y, sin embargo, en el Bósforo se han descubierto centenares de altares (a veces en miniatura), pequeños cipos, imágenes estatuarias de la diosa anciosamente venerada y losas de cálcar con una breve inscripción: “Una tal, hija de tal, dedica [esta estatua] a Afrodita Urania” (*CIB.* 1043). A veces los arqueólogos excavan las estatuas de mármol como, por ejemplo, la que estaba consagrada a esta diosa por Kassalia, hija de Posio (*CIB.* 972).

Aparte hay que mencionar a la Cibeles minorasiática, incluida en el panteón local por los colonos de Mileto, Heráclea Póntica y otras pólis griegas de Asia Menor (*CIB.* 21). Desde la época de Heródoto esta diosa “personificaba el poder creador de la naturaleza y constituía el culto más extendido en Asia Menor” (Hdt. IV, 74). Su santuario más famoso, fundado por los mismos Argonautas, se hallaba en Cícico (Hdt., *ibidem*). También merece la pena recordar a Anguisse que, según parece, desciende de la divinidad irania Agnis, protectora del fuego y del hogar doméstico. Con un objetivo bien claro, una tal Plusia le dedica a Anguisse una losa de mármol (siglo II a.C., Panticapea – *CIB.* 27) acompañada con el epígrafe siguiente: “Plusia dedica [esta losa] a Anguisse, cumpliendo de este modo su voluntad y agradeciéndola por las dos hijas”. Es evidente que Plusia, desasosegada y trastornada por sus hijas, acudió al santuario panticapeo de Anguisse y le pidió su ayuda. La diosa le demostró su benevolencia y la madre, feliz y agradecida por el favor divino, toma la decisión de erigirle una rica estela. Según el relieve, las tres personas —madre e hijas— permanecieron vivas y salvas, puesto que, según vemos en el relieve de la estela, sus mantos no les cubren la cabeza.

Parece oportuno hablar también de distintas divinidades masculinas que se veneraban por las mujeres bosforeñas y, en primer lugar, de Zeus y Gélios. Gracias a la mitología sabemos que el poder de Zeus como Dios protector de los griegos fue duplicado por las potencias y energía cósmicas del Dios Superior y Todopoderoso indígena, que, a su vez, era de origen iranio y muy respetado entre los griegos de Asia Menor y Anatolia¹⁵. Los griegos bosforeños preferían rendir el culto de Zeus en su hipostasia de cabeza y patrón de la trinidad solar que incluía también a Gea, su pareja divina y al mismo Sol–Hélios. Antes hemos mencionado que un tal Pofo decidió acudir a la protección y el apoyo de esta trinidad celestial cuan-

¹⁵ Más concretamente véase: Sapříkin S.Yu, Máslennikov A.A. *Hombres y sus dioses: la mentalidad y doctrinas religiosas en el reino de Ponto*, Moscú 1998, p. 406 ss. (en ruso).

do cuidó del destino de una de sus esclavas preferidas después de darle la libertad (*CIB*. 1123).

Evidentemente el destino principal y la vocación superior de la griega bosforeña consistían en la creación de una buena familia y en el mantenimiento, digno y honesto, del hogar familiar. En el artículo presente tuvimos la ocasión de decir que, según la tradición antigua griega e irania-sármata, las chicas se casaban siendo muy jóvenes, apenas cumplidos los 12 o 14 años. En su matrimonio solían vivir en amor y respeto. Sus esposos que, según vimos, también podían ser muy jóvenes, las apreciaban como “matronas ejemplares e incomparables” del hogar familiar, “Penelopes” y “Musas Piérides” (*CIB*. 144). Normalmente la mujer tenía mucha ilusión de poder dar a luz y educarlos sanos, inteligentes y sostén de la familia (*CIB*. 113, 122, 125, 144). Con este objetivo rezaban ante los altares y hogares de sus casas y, con la misma finalidad, se presentaban a los santuarios (*CIB*. 1123). En el caso de perder al hijo, perturbadas y afligidas, eran compadecidas por sus familiares como si se hubieran transformado en las más desafortunadas del mundo (*CIB*. 125; *ARM*. II.3.5).

El modelo de la joven predestinada al matrimonio incluía rasgos característicos tales como la belleza, juventud, inteligencia, generosidad. Los griegos creían que la Pifia Delfica, moderadora entre Afrodita y sus adictos, identificaba a las novias de esta naturaleza con los metales más preciosos (*CIB*. 124). Gracias a la epigrafía funeraria local sabemos que la joven se formaba en su familia con el único destino, al casarse, de seguir el modelo de Penélope (*CIB*. 144), imagen conocida en Grecia y también en Roma¹⁶ desde la época homérica como el arquetipo más digno de la mujer, esposa y madre. La mujer sin prole se sentía infeliz. Según leemos en una de las inscripciones funerarias, una se queja “por haber fallecido no siendo ni joven, ni esposa, puesto que no tuvo la suerte de encarnarse en la imagen dulce de sus hijos” (*CIB*. 139). Los griegos locales opinaban que incluso la nodriza, esclava por el estado social, merecía más respeto y honores que una mujer sin prole. A veces erigían a tales esclavas las estelas funerarias y en los epitafios incluso mencionaban sus nombres (*CIB*. 143).

Como vemos, las mujeres de Bósforo gozaban de cierta independencia personal y económica. Solían disponer de patrimonio, que heredaban de sus padres, y de la dote, que recibían de su novio el día de la boda; poseían el derecho de alquilar su propiedad y de empeñarla. La ley no les impedía gastar el dinero para construir una estela funeraria de mármol en honor de alguien o para hacer ofrendas a los dioses venerados. En caso de adulterio cometido por el esposo, la mujer —después de justificarlo— podía abandonar su casa y regresar con sus bienes al hogar de sus padres. La ley permitía a la mujer engañada la oportunidad de casarse otra vez (*CIB*. 265). Después del fallecimiento del esposo la mujer heredaba su derecho a encabezar la familia hasta que el hijo primogénito alcanzase la mayoría de edad. Hay distintos argumentos en favor de esta observación. Por ejemplo, Estrabón indica que en el año 14 a.C. la reina bosforeña Pifodorida se vio obligada a abandonar su trono, mar-

¹⁶ Recuérdese que el mismo Augusto decidió emplear el modelo de Penélope en la educación de sus propias hijas y, según nos informa Suetonio, eran en efecto modestas, sabían hilar y tejer (Suet. *Aug.* 64.21).

chándose al Cáucaso donde gobernó hasta que su hijo, adolescente, alcanzase la mayoría de edad. Merece la pena indicar que después de este hecho Pifodorida sigue compartiendo el poder real con su hijo hasta el año 9 a.C. Aquel año su enemigo personal, el rey bosforeño Polemón, fue muerto y ella tuvo la oportunidad de volver a gobernar su reino nativo. Otro ejemplo elocuente es el que ofrece Kamasaria, que a lo largo de unos diez años jugó el rol de regente de Perisado, su hijo menor de edad, que, como es sabido, llegó luego a ser un monarca poderoso y soberbio del Bósforo y enemigo a muerte de los romanos (Strab XI.2.10-12).

En resumen, según las tradiciones y leyes de las póleis griegas de Bósforo, la mujer libre se consideraba como buena hija de sus padres, respetada esposa y honrada madre de su propia prole. En este sentido a penas se diferenciaba de la mujer de las metrópolis minorasiáticas griegas o de Roma. No obstante, es preciso notar que las griegas bosforeñas se distinguían de las representantes de las póleis balcánicas y egeas por el papel social que solían desempeñar en sus comunidades. Podemos decir que este papel era más amplio e independiente, lo que se explica tal vez por la vecindad y la afinidad histórica y cultural de las póleis griegas del Bosforo con mundo iranio indígena, donde la mujer tradicionalmente ocupaba un alto nivel: recuérdese el caso, muy significativo, de las amazonas que, según las noticias de los escritores griegos y romanos, incluso de los siglos II a.C. – I d.C., poblaban precisamente estas regiones.

Abreviaturas

ARM—Antigüedades de la Rusia Meridional. Inscripciones griegas y latinas. Ed. V.V.Látishev. San Petersburgo 1892 (Vol. I); 1899 (Vol. II).

CIB—Corpus de inscripciones del Bósforo. San Petersburgo 1965.

IGR—*Inscriptiones Graecae ad Res Romanas Pertinentes*/Ed. R.Cagnat. Paris 1911.

VDI—*Véstnik drevnei istorii* (Revista de Historia antigua). Moscú, Academia de Ciencias de Rusia.

